



Gimferrer, Pere
Cine y literatura
Barcelona: Seix Barral, 1999.

A DIFERENCIA DE GRAN PARTE DE LA BIBLIOGRAFÍA sobre cine y literatura, el de Gimferrer es un ensayo que parte del gran conocimiento de este escritor sobre la historia de la cinematografía. Su propuesta es detenerse, primero, en los orígenes del cine narrativo para evidenciar los vasos comunicantes que de inicio se establecieron entre éste y su predecesora, la novela, para, posteriormente, hablar directamente de la relación de este mismo con diversos géneros literarios. A pesar de no presentar una metodología útil al lector para los análisis comparativos, el texto nos ilumina acerca de la relación entre dos artes que se han acompañado y retroalimentado.

Por su estructura ensayística, no debemos, entonces, esperar del texto ejemplos específicos sobre técnicas de adaptación. La propuesta de Gimferrer es dar ejemplos valiosos para comprobar que en las adaptaciones lo que importa es el valor de la película como película y no en tanto adaptación.

En el primer capítulo, “Lenguaje literario y lenguaje cinematográfico”, el más extenso de los tres, señala las diferencias entre el cine y otras artes. Según Gimferrer, la evolución interna del arte cinematográfico ha dependido tanto de los intereses de quienes lo hacen, como de los hábitos mentales del público. Además, señala, se trata de un arte que no es libre, pues exige medios materiales y se supedita tanto a la ley de la demanda como al proteccionismo estatal.

En este capítulo Gimferrer designa a la novela decimonónica como la madre del lenguaje cinematográfico narrativo y a Griffith como su padre. Griffith pudo relatar historias extensas y complejas con base en las posibilidades reales del medio de expresión que manejaba; procedía sirviéndose de imágenes; la descripción pormenorizada de los escenarios en que vivía cada personaje, a la vez como espejo de su condición social y como proyección de su personalidad resultó adecuado para la mentalidad del público que reconoció en aquel relato en imágenes la trasposición de las novelas que estaba acostumbrado a leer. Ésa fue su fortuna. Y el cine se concibe, desde entonces, como un medio útil para contar historias.

Ahora bien, más allá de esa génesis, el cine, además, se ha alimentado de la literatura para filmar dichas historias. Y uno de los problemas relacionados con este hecho es que los espectadores no desligan una obra de la otra, lo que Gimferrer opina deberíamos hacer.

¿Por qué, se pregunta, al igual que muchos de nosotros, es más difícil adaptar algunas obras que otras? Cuando, por ejemplo, un cineasta decide adaptar un texto mediocre, lo esencial no es el vehículo elegido, que sería narrativa anticuada, sino lo que se expresa a través de éste: “un arte de la imagen, sin gran dependencia del pretexto en que se basaba; un arte de la distribución del espacio, del gesto, de la observación física del comportamiento humano, de la articulación de elementos plásticos, de la organización autónoma de lo filmado” (16). Hacer cine es contar bien, de modo personal, una historia en imágenes.

¿De dónde viene, entonces, cierta tendencia a disminuir el valor del cine en tanto arte y a asociarlo con el espectáculo? El desprestigio de la narración cinematográfica como tal se produce —afirma el ensayista— porque las historias, en manos de la gran industria, se reducen a una puerilidad en la que el margen de expresión personal posible es escaso y la imagen abandona la elaboración plástica.

Así pues, las adaptaciones que valen como obras cinematográficas en sí mismas recogen el legado de los grandes narradores pioneros del cine y rebasan su marco, colocando historias cinematográficas en la perspectiva de una mayoría de edad. El desarrollo de todas estas ideas, como ya se indicó, se da con base en ejemplos de análisis de adaptaciones. Una de las más interesantes es la que hace de la versión de Wim Wenders de la obra de Patricia Highsmith *El amigo americano*.

El secreto de una adaptación exitosa, valiosa por sí misma, concluye Gimferrer, reside en dar soluciones específicamente cinematográficas a los distin-

tos problemas narrativos, sobre todo cuando se trata de obras literarias no tradicionales.

En su segundo capítulo, “De la novela al cine”, se dedica a responder más ampliamente al problema de la adaptación que surge del hecho de que la materia esencial sobre la que operan (estructura y desmenuzamiento en los dos tipos de obra) es diferente porque el material de la novela son palabras y el de la película, imágenes; una cosa es el ordenamiento del material y otra muy distinta el material mismo, señala atinadamente. El lenguaje de la narración literaria y el de la fílmica emplean recursos paralelos u homólogos con un material distinto: ¿qué es lo que realmente se adapta al llevar una novela al cine? y ¿en qué medida se puede hablar de adaptación y no de creación nueva y autónoma?

La adaptación, según Gimferrer, presenta básicamente dos problemas. El de la equivalencia del lenguaje que sólo se plantea en los casos de narración, que no coincide con el esquema de relato decimonónico y que, en apariencia, es imposible de superar cuando existe desde el comienzo un lenguaje literario sin correlación cinematográfica establecida y ésta debe inventarse.

El ensayista afirma que son pocos los casos en los que el cine ha sabido resolver satisfactoriamente el problema de una narración no tradicional, pero que existen intentos respetables como el procedimiento de cámara subjetiva, es decir, en el que la cámara se identifica con la mirada del narrador, traducción visual de una forma de relato literario en primera persona, por ejemplo. El segundo problema de la adaptación sería el de la equivalencia de resultado estético obtenido mediante el lenguaje, en el caso de cineastas para quienes el cine no es algo que existe ya y puede emplearse de uno u otro modo, sino algo que ellos deben inventar en cada nueva obra.

En el último (y muy breve) capítulo, Gimferrer habla del error de creer que el cine es más cercano al teatro que a la narrativa.

Gran parte de la historia del cine está conformada por adaptaciones y, a su vez, la historia de las adaptaciones es un muestrario de fidelidades estériles e infidelidades fecundas; ésta es la gran enseñanza del ensayo de Gimferrer. La conclusión nos permite, en tanto espectadores y críticos, no caer en injusticias o lugares comunes —basados en prejuicios— acerca de la mayor legitimidad de una obra sobre otra: el verdadero problema de la adaptación no reside en el lenguaje narrativo que se elige para adaptar, ni en la calidad del resultado obtenido; debemos valorar la película en sí y no su valor en tanto adaptación. Ésta es la conclusión general del libro de Pere Gimferrer. (GMZ)